

ESTUDIO INTRODUCTORIO

Los cien artículos que este libro ofrece a la consideración del lector han tenido una curiosa trayectoria. Azorín escribió buena parte de ellos de su puño y letra, y los mandó por correo al diario *La Prensa*, de Buenos Aires. Confiar al servicio postal tan valioso envío provoca el asombro del argentino de hoy, pero suponemos que también habrá usado un correo interno, puesto que el diario tenía una importante organización en Europa, que incluía sucursales y corresponsales. Azorín usaba un papel inglés (que compraba en Francia, como él mismo menciona), ligeramente azulado, terso y resistente. En un artículo fechado el 7 de octubre de 1923 elogia la habilidad de los tipógrafos del diario argentino, que saben «componer» su letra, y destaca la dificultad de esa tarea. Consciente de que la interpretación de su letra no es fácil, se excusa ponderando la calidad del papel usado: «(Ya que la letra sea mala, que el papel, señores tipógrafos, sea bueno)»¹. Tenemos que llegar al año 1929 para encontrar la primera referencia al uso de la máquina de escribir como herramienta para la producción de estos artículos, exclusivamente destinados a ver la luz en el otro lado del océano: «Acontece frecuentemente que la máquina va corriendo a impulso del tecleto rápido de los dedos. Se ha redactado el artículo; todo está ya listo para ponerlo en el correo; se echa,

1. 203- «De libros», 7 de octubre de 1923.

en efecto, al buzón el pliego con el trabajo redactado...»². Justamente, dicha máquina de escribir había sido un regalo de Ezequiel P. Paz, director de *La Prensa*, hecho que se destaca en la nota necrológica aparecida en el diario argentino el 3 de marzo de 1967 (un día después de la muerte de José Martínez Ruiz)³, pero no podemos precisar el momento exacto en que Azorín abandona la escritura a mano y pasa a la mecanográfica (refiriéndonos siempre a su producción destinada al diario argentino). En cualquier caso, los artículos, una vez atravesado el océano, eran rescatados por los tipógrafos, linotipistas, ilustradores y diseñadores de *La Prensa*, quienes al cabo de cuarenta, cincuenta o sesenta días tenían el texto listo para su publicación. La profusión de fotografías, provenientes del riquísimo archivo del diario, las variedades tipográficas para destacar secciones, títulos, subtítulos y bajadas, las ilustraciones, las viñetas y las composiciones modernistas que relacionan entre sí las columnas del artículo persiguiendo una estructura artística (que con frecuencia ocupa toda una página) constituyeron una de las delicias que nos deparó este trabajo de investigación.

Por testimonios orales sabemos que, una vez publicado, el artículo era enviado al autor como recorte suelto, y que, por último, se destruía el original, fuera manuscrito o mecanografiado. Nos cuesta creer que la dirección de *La Prensa* tuviera tan poca visión de futuro como para deshacerse de los originales de un autor, al que por otra parte cuidaba, admiraba y pagaba puntualmente, pero si hubiesen archivado esos valiosos originales es probable que tampoco hubieran llegado al siglo XXI, puesto que la azarosa historia del periódico incluye una intervención y un saqueo destructores en el año 1951, durante el gobierno de Juan Domingo Perón. En la actualidad no hay

2. 456– «Los periódicos y el idioma», 3 de noviembre de 1929.

3. «Cuando lo visitó, no hace mucho, uno de nuestros habituales colaboradores, Antonio de la Torre, lo halló frente a su máquina de escribir, la que siempre usaba, y que, según recordó, le había sido regalada por don Ezequiel, haciendo referencia a don Ezequiel Paz, nuestro ex director. ‘La Prensa –recordó en esa emergencia– fue mi hogar espiritual; mis artículos y la generosidad de sus directores me hicieron vivir en París’ [...] Así recordaba su vieja vinculación a esta casa, iniciada desde hace décadas y mantenida asiduamente a través de una activa colaboración apreciada por nuestros lectores». (*La Prensa*, 3 de marzo de 1967).

en *La Prensa* rastro alguno de esos originales que a lo largo de treinta y cinco años de colaboración llegaron con pasmosa regularidad a las mesas de su redacción, provenientes de España. Pero en las crujientes páginas de la colección, como un tesoro oculto y bien preservado, ese millar de artículos esperaba su segunda oportunidad.

En el año 2001 comencé mi investigación en la biblioteca del diario, todavía en el subsuelo del palacio de *La Prensa*, en la Avenida de Mayo. La colección de sus propios ejemplares está cuidadosa y elegantemente encuadernada en enormes tomos mensuales, de los que por entonces pude disponer con toda comodidad. Un escáner de mano me permitió rescatar estas valiosas imágenes. Fue una larga tarea, que supuso la fascinante aventura de transitar las páginas de un diario de primer nivel y de grandes dimensiones (sus páginas medían 61 por 43 centímetros y hubo ejemplares especiales de 64 páginas, aunque lo común es que fueran de 36 a 48 páginas), tomando un período de veinte años (1916-1936), años dorados para *La Prensa* y la República Argentina. El resultado de este trabajo sobre las fuentes primarias fue la obtención de imágenes facsimilares de 670 artículos con las que trabajo ahora desde mi ordenador. Un OCR me facilitó recientemente la tarea de transcribir cien de esos artículos (sobre la base de las imágenes originales), que son los que la colección Norte Crítico, de la Universidad de Alicante, ofrece ahora a sus lectores. Algunos de ellos cumplirán cien años en breve. Su frescura y belleza son tan evidentes que despertarlos de este largo sueño y comprobar que estaban vivos nos resultó una experiencia notable, que quisimos compartir. Al decir que estos cien artículos habían tenido una curiosa trayectoria nos referíamos a esto precisamente, a este venir entonces de España a la Argentina, y a este ir ahora de la Argentina a España; a este cruzar el océano en un sentido, para volver a cruzarlo en el otro, al cabo de noventa años; a esta reunión de orillas, que se buscan permanentemente, valiéndose del barco de vapor o del correo electrónico, y valiéndose fundamentalmente, en este caso, de un diario de características excepcionales como *La Prensa*.

A partir de 1916 los artículos de Azorín encontraron un primer lector americano, a partir de 2012 encontrarán un segundo lector europeo, aunque la distinción entre lector americano y lector europeo no preocupaba a Azorín en el momento de debutar como colaborador de *La Prensa*. Con una clara conciencia de su función de periodista y de transmisor y promotor cultural, buscaba conquistar a un lector indeterminado, al habitante de la gran cultura hispánica, nativo o por opción (sin importar que fuera un recién llegado a este universo en que se habla, se siente y se piensa en español, o un recién llegado a este continente americano), y ese lector panhispánico existía en las primeras décadas del siglo XX y sigue existiendo en las primeras décadas del XXI.

La primera colaboración de Azorín en *La Prensa* es del 30 de marzo de 1916. La última está fechada (según Inman Fox, cuyo trabajo *Azorín: guía de la obra completa* ha sido nuestro compañero inseparable) el 21 de enero de 1951. Nuestra investigación se ocupó hasta ahora de los primeros veinte años de este lapso de treinta y cinco, por considerarlos los más atractivos e inexplorados. Hicimos un corte a partir del 15 de noviembre de 1936, fecha de publicación del último artículo enviado desde Madrid por Azorín, antes de partir hacia París, una vez estallada la guerra. Podemos afirmar que durante esos veinte años publicó 670 colaboraciones, de las cuales 496 no fueron reunidas en libro, según Inman Fox, lo que indica que no han tenido más aparición que la primera en *La Prensa*. Los quince años restantes aportan un total de 314 artículos, de los cuales la mitad sí tuvo una segunda edición en libro, siempre según datos aportados por la *Guía* de Inman Fox. Estas cifras nos ponen ante dos números redondeados: mil artículos publicados en *La Prensa* durante un período de treinta y cinco años, seiscientos cincuenta de los cuales no han vuelto a ver la luz.

El diario de Buenos Aires le brindó a Azorín en sus páginas el espacio destinado a los grandes. De los 670 artículos (que publicó entre 1916 y 1936), 539 aparecieron en el suplemento literario del día domingo. Esta sección no existía cuando Azorín ingresó en *La Prensa*, por eso varias de las colaboraciones que

en nuestro catálogo⁴ llevan los primeros cien números fueron publicadas en días hábiles, de lunes a sábado, particularmente los jueves, que era el día de las colaboraciones literarias. El suplemento dominical fue surgiendo lentamente hasta alcanzar un desarrollo, una suma de firmas de primer nivel y una calidad de impresión muy notables, que a partir de agosto de 1926, con la aplicación de la técnica de rotograbado, alcanzaron su cima. Debería ser objeto de mayores estudios por parte de argentinos y españoles (puesto que los colaboradores españoles eran mayoría), no solo por la calidad y variedad de los contenidos (colaboradores de los países más diversos), sino también por la de la técnica de impresión, cuyos vivos y variados colores (en ilustraciones, reproducciones de obras de arte, fotografías) se conservan inalterados al cabo de los años.

La proporción de artículos aparecidos en domingo se mantiene en la selección de los cien que presentamos a continuación: solo veinticinco de ellos no fueron publicados en domingo, día en que todo diario sale a seducir a mayor número de lectores, pero quince de estos veinticinco se cuentan entre los cien primeros de nuestro catálogo (cuando todavía no había suplemento); de esos quince tenemos seis con aparición en jueves (día de colaboraciones literarias), lo que significa que Azorín poco a poco iba conquistando las mejores páginas. Cuatro de los veinticinco tienen aparición anterior a agosto de 1926, cuando el suplemento dominical aún era incipiente.

Características generales de los artículos

Los cien artículos que presentamos tienen muchas características en común. En primer lugar, pertenecen al primer período (como se ha dicho, el que va de 1916 a 1936) y no han tenido

4. El número que antecede a los títulos de los artículos corresponde a la catalogación que hemos hecho de las colaboraciones de Azorín en *La Prensa* hasta el 15 de noviembre de 1936 inclusive. Este catálogo está publicado en: Verónica Zumárraga. *El jornalero de la pluma. Los artículos de Azorín en La Prensa*. Alicante, Universidad de Alicante, 2010, págs. 45-108.

una segunda oportunidad de publicación, después de aparecer en *La Prensa*, lo que quiere decir que son desconocidos para el lector del siglo XXI. Pero a estas condiciones externas hemos sumado otras, ya no de forma sino de fondo: para ser seleccionados, los artículos debían responder a las características de «periodismo inactual», definición del propio Azorín, desarrollada precisamente en los artículos escritos para *La Prensa* (lo que no quiere decir que no se haya ocupado del tema en otros medios). Manejamos un vastísimo corpus, y nos parece conveniente valernos de él para presentarlo, citando textualmente, como ahora, lo que Azorín publicó en *La Prensa*, por considerar que su ejercicio de la función metalingüística nos facilita enormemente la tarea de definir algunos temas intrínsecos al artículo, como en este caso, el periodismo inactual:

Desde hace bastantes años venimos haciendo en la prensa española comentarios sobre los clásicos. Antes de pasar adelante diremos que, por caso excepcional, debido a la bondad del director del periódico en el que hacemos estas glosas, podemos entregarnos a dicha tarea. En general, los directores de periódicos entienden la actualidad de un modo restringido. Es actual para los directores de periódicos todo lo que se relaciona directa y ruidosamente con un hecho que acaba de ocurrir. De este modo, muchos periódicos, siendo vivamente actuales, encierran para incontables lectores muy escaso interés. Les falta a las tales publicaciones un elemento de espiritualidad tan necesario o más que la información cotidiana sobre los sucesos sensacionales. Si el autor de estas líneas fuera alguna vez director de periódico, tendría en su redacción uno o dos escritores que se encargaran de disertar sobre temas inactuales. Entendámonos, estos redactores podrían, por ejemplo, escribir sobre la lectura de un libro clásico o bien estampar las reflexiones sugeridas por la visita a un museo, y también decimos lo que un paisaje visto de todos les inspiraba a ellos. Los artículos que dichos escritores publicaran no estarían motivados por ningún hecho de actualidad; pero, en el fondo, serían de actualidad; es decir, responderían a una actualidad más alta que la vulgar y diaria, puesto que en ellos se abordarían los temas perennes del amor, de la muerte, del conocimiento del mundo, etc. Y ya comprenderá el lector que si los hechos diarios merecen comentarios, estos otros temas del destino humano y del problema del conocimiento, tratados por una pluma delicada, pueden interesar a una

gran mayoría de lectores, y dan, desde luego, al periódico en que se tratan un cierto tono de dignidad y de nobleza⁵.

Nos atrevemos a sostener que ese «elemento de espiritualidad» está presente en todos y cada uno de los cien artículos que seleccionamos y es el que logra que en determinado momento de la lectura de estos textos el lector se emocione y conmueva ante el arte de Azorín, aunque sea por unos segundos. Es notable la percepción del tiempo de escritura y de lectura que tiene el autor: la adopción de la máquina de escribir le hace sentir, por la velocidad que proporciona, que se vive vertiginosamente y que el ritmo de creación es muy rápido en relación con la producción manuscrita (en todos los tiempos nos gusta sentir que vivimos aceleradamente); pero su arte es una invitación a disfrutar pausadamente de la lectura, para alcanzar ese grado de compenetración, de emoción y de reflexión, que tiene una raíz deliberadamente espiritual. Creemos que es notable que los artículos hayan buscado y logrado esa entrega emocionada del lector de periódico allá por 1916 (¿había más tiempo entonces para leer el diario?), y que sigan emocionándolo en 2011, porque la comunión espiritual entre un autor que escribe a once mil kilómetros de distancia (o a noventa años de distancia) y un lector tan general, y a la vez tan comprometido, es casi imposible. Si además tenemos en cuenta que dicho lector habita una nación nueva que vive y crece a ritmo vertiginoso y que absorbe oleadas de inmigrantes (tal la Argentina de 1916-1936), esa profundidad y esa lentitud en la lectura son casi impensables, si el autor no es Azorín y el diario no es *La Prensa*. Esta «inactualidad» es la característica sobresaliente de los artículos de Azorín publicados en *La Prensa*.

Y habría otro ingrediente común a los cien de este tomo: Azorín en sus artículos porteños siempre se remonta a un libro o a varios libros, a un autor o a varios autores. Siempre está tejiendo esa red invisible que conecta su artículo con una obra anterior que le merece atención, respeto o admiración. Para esta publicación, hemos tenido que hacer una división

5. 62- «Fray Luis de Granada», 29 de octubre de 1919.

temática a fin de ordenar un material tan abundante. Pero los viajes, los paisajes, la política, la crítica de autores clásicos y modernos, el teatro, el estilo, el periodismo no son tales; son solo ocasión para que Azorín se refiera a uno o varios textos, próximos en tiempo y espacio, o remotos. El libro está en el nudo de las relaciones con América –sostiene Azorín–, quien por otra parte le profesa un verdadero culto.

El diario *La Prensa*

Antes de pasar a la descripción de los artículos, parece oportuno resumir las características del diario *La Prensa*. Nació el 18 de octubre de 1869 por iniciativa de un joven abogado cordobés, José Clemente Paz, bajo el gobierno de Domingo Faustino Sarmiento, y cuando todavía no habían concluido la Campaña del Desierto y la Guerra del Paraguay, dos hitos históricos de signo contrario y de enormes consecuencias para el desarrollo de la Argentina. El joven abogado buscaba contribuir a la formación de una nueva sociedad mediante la instalación de normas periodísticas distintas de las conocidas hasta entonces: búsqueda de la verdad, exactitud informativa y no adhesión a postura política alguna. En Buenos Aires se publicaban cantidad de periódicos por entonces, pero *La Prensa* logró abrirse paso gracias a su autoridad informativa y al interés que puso en el continente europeo, particularmente en informar acerca de lo que ocurría en Francia, España e Italia, a fin de satisfacer las necesidades de las colectividades de estos países. En 1898 Ezequiel P. Paz, hijo del fundador, asumió el mando del periódico y acentuó esta intercontinentalidad, llevando al diario a su máximo esplendor. El periódico, que había nacido pobre, llegó a ser uno de los más ricos del mundo, a tal punto que entre 1895 y 1898 su director erigió un palacio, en la recién inaugurada Avenida de Mayo, que albergaba toda la actividad relacionada con la producción del diario, palacio que mereció los elogios de Albert Einstein, George Clemenceau y el gerente del *New York Times*, quien al inaugurar el nuevo edificio de su